

Las el vencido y asendereado Don Quijote pensativo además, por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resurrección de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadía á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecía ver que Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas; y, yendo y viniendo en esto, le había cumplido la palabra de darle las camisas; y, yendo y viniendo en esto, dijo á su amo: "En verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátao cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: ¡pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias! que el abad, de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de *bóbilis bóbilis*.—Tú tienes razón, Sancho amigo, respondió Don Quijote; y hálo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y, puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir que, si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres,

De lo que á Don Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su aldea.

IBA el vencido y asendereado Don Quijote pensativo además, por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de Sancho, como lo había mostrado en la resurrección de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadía á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecía ver que Altisidora no le había cumplido la palabra de darle las camisas; y, yendo y viniendo en esto, dijo á su amo: "En verdad, señor, que soy el mas desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él, sino el boticario, y cátao cantusado; y á mí, que la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dan un ardite: ¡pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias! que el abad, de donde canta yanta; y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de *bóbilis bóbilis*.—Tú tienes razón, Sancho amigo, respondió Don Quijote; y hálo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas camisas; y, puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona: de mí te sé decir que, si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso, me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres,

y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros míos." Á cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazón á azotarse de buena gana, y dijo á su amo: "Agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á vuesa merced en lo que desea, con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame vuesa merced, cuánto me dará por cada azote que me diere.— Si yo te hubiera de pagar, Sancho, respondió Don Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí, fueran poco para pagarte: toma tú el tanto á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote.—Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trecientos y tantos: dellos, me he dado hasta cinco; quedan los demás: entren, entre los tantos, estos cinco, y vengamos á los tres mil y trecientos, que, á cuartillo cada uno, que no llevaré menos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trecientos cuartillos; que son, los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales; y los trecientos, hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales; que, juntándose á los setecientos y cincuenta, son, por todos, ochocientos y veinte y cinco reales. Estos, desfalcaré yo de los que tengo de vuesa merced, y entraré en mi casa, rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas.... y no digo mas.—¡Oh Sancho bendito! ¡oh Sancho amable, respondió Don Quijote, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los días que el cielo nos diere de vida! Si ella vuelve al sér perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento, felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la disciplina; que, por que la abrevies, te añado cien reales.—¿Cuándo? replicó Sancho; esta noche, sin falta: procure vuesa merced que la tengamos en el campo, al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes." Llegó la noche, esperada de Don Quijote con la mayor ansia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habían quebrado, y que el día se alargaba mas de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamás ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente, se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde, dejando vacías la silla y albarda de Rocinante y el rucio, se tendieron sobre la verde yerba, y cenaron del repuesto de Sancho; el cual, haciendo del cabestro y de la jáquima del rucio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo, entre unas hayas. Don Quijote, que le vió ir con denuedo y con brio, le dijo: "Mira, amigo, que no te hagas pedazos; da lugar que unos azotes aguarden á otros; no quieras apresurarte tanto en la carrera, que, en la mitad della, te falte el aliento; quiero decir, que no te des tan recio, que te falte la vida antes de llegar al número deseado; y, por que no pierdas por carta de mas ni de menos, yo estaré desde aparte contando, por este mi rosario, los azotes que te dieres. ¡Favorécate el cielo conforme tu buena intencion merece!—Al buen pagador no le duelen prendas,

respondió Sancho; yo pienso darme de manera, que, sin matarme, me duela; que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro." Desnudóse luego, de medio cuerpo arriba, y, arrebatando el cordel, comenzó á darse, y comenzó Don Quijote á contar los azotes. Hasta seis ó ocho se habria dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della; y, deteniéndose un poco, dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote, de aquellos, ser pagado á medio real, no que á cuartillo. "Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo Don Quijote, que yo doblo la parada del precio.—Dese modo, dijo Sancho, ¡á la mano de Dios, y lluevan azotes!" pero el socarron dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que, con cada uno dellos, se le arrancaba el alma. Tierna la de Don Quijote, temeroso de que no se le acabase la vida, y no consiguiese su deseo por la imprudencia de Sancho, le dijo: "¡Por tu vida, amigo, que se quede en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en una hora! Mas de mil azotes, si yo no he contado mal, te has dado; bastan, por ahora; que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga.—No, no, señor, respondió Sancho; no se ha de decir por mí: á *dineros pagados, brazos quebrados*: apártese vuesa merced otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera; que, á dos levadas destas, habremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrará ropa.—Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dijo Don Quijote, el cielo te ayude, y pégate, que yo me aparto." Volvió Sancho á su tarea, con tanto denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: ¡tal era la riguridad con que se azotaba! y alzando una vez la voz, y dando un desaforado azote en una haya, dijo: "Aquí morirá Sansón, y cuantos con él son." Acudió Don Quijote luego, al són de la lastimada voz y del golpe del riguroso azote, y, siendo del torcido cabestro que le servia de corbacho á Sancho, le dijo: "¡No permita la suerte, Sancho amigo, que, por el gusto mio, pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos! espere Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propincua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas para que se concluya este negocio á gusto de todos.—Pues vuesa merced, señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querria resfriarme, que los nuevos diciplinantes corren este peligro." Hízolo así Don Quijote; y, quedándose en pelota, abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apearonse en un meson, que por tal le reconoció Don Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza; que, despues que le vencieron, con mas juicio en todas las cosas discurria, como ahora se dirá. Alojáronle en una sala baja, á quien servian de guadameciles unas sargas viejas pintadas, como se